

Zapata y Cárdenas: notas sobre una relación a destiempo¹

Ricardo PÉREZ MONTFORT

En tiempos del porfirismo
surgió Zapata en Morelos
que luchó por los anhelos
del pueblo y del agrarismo.
Libertad, trabajo y tierra
fue el grito de rebelión
fuimos con él a la guerra
pero fue muerto a traición:
¡Zapata, tu nombre encierra
un himno de redención!

E. M. Cortázar y L. Barcelata
Corrido y Marcha del Agrarismo

Una relación a destiempo

I

El 3 de junio de 1969, el general Cárdenas le escribió a Carlos Fuentes una carta en la que comentaba un artículo que el entonces, ya no tan joven escritor, había publicado en la revista *Siempre!*, "...inspirado en el libro del historiador norteamericano, señor John Womack Jr., *Zapata y la Revolución mexicana*". En ella, el general coincidía con Fuentes en que la Revolución mexicana no había dicho su última palabra, ya que la situación de una amplia mayoría de campesinos seguía siendo, por decirlo, menos precaria. El eco de una revolución desvirtuada y demagógica, que cargaba sobre su conciencia reciente, no sólo los sangrientos sucesos del 68 y del 65, sino incluso, el asesinato de Rubén Jaramillo y la hostilización constante del régimen priísta hacia

¹ Una versión preliminar de este trabajo se presentó en la mesa redonda "Emiliano Zapata: nuevas perspectivas en el zapatismo", organizada por la generación 2003-2006 de la Licenciatura en Historia de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en octubre de 2006.

organizaciones como el Movimiento de Liberación Nacional o la Central Campesina Independiente, parecía acompañar las letras del general, que puntualizaban:

En efecto, la Revolución mexicana, con su ideario y los sacrificios que hubo que pagar en vidas y sufrimientos del pueblo para hacerla realidad, debe revitalizarse y en ello todos los mexicanos conscientes estamos comprometidos, sin caer en la diatriba de y el menosprecio de un movimiento social que es y será antecedente de todo cambio, por profundo que éste sea, hacia metas superiores. No hay que confundirla con las deformaciones y prevaricaciones que constituyen lo que en nombre de la Revolución se hace dando la espalda a las necesidades del pueblo [...]²

Y en materia agraria insistía en la vigencia de los ideales zapatistas, ya que “... mientras la tierra en México no sea usufructuada en su totalidad por quienes la trabajan, la Revolución mexicana tendrá todavía un largo camino que recorrer...”³

Así, un año antes de su muerte, el general Cárdenas no sólo veía que muchos de los postulados de la Revolución se mantenían como letra muerta, sino que en diversos rubros el propio discurso revolucionario iba en franco retroceso. Coincidió con muchas de las críticas que los estudiosos de la Revolución estaban haciendo desde los años cincuenta hasta finales de los años sesenta, pero también trataba de defender las causas nobles de la misma, entre las cuales, desde luego, destacaba el movimiento campesino encabezado por Emiliano Zapata. Ciertamente dicho movimiento tuvo diversas variantes regionales, al grado que se pueden identificar diversos zapatismos, sin embargo, el general Cárdenas asociaba directamente el agrarismo y la justicia agraria, que se construyeron tanto desde el Estado posrevolucionario, como desde múltiples luchas locales, con los ideales zapatistas, como si se tratara del cauce de un mismo río.

La relación entre Zapata y Cárdenas comenzó desde muy temprano, aunque justo es decir que desde muy lejos también. Según los *Apuntes* del general, en 1913, los jóvenes jiquilpenses ya sabían de la existencia del movimiento zapatista en Morelos. En junio de aquel año, el propio Lázaro, queriéndose incorporar a la Revolución, lo hizo en la Tierra Caliente de Michoacán, bajo el mando del general Guillermo García Aragón —según él— compadre de Emiliano Zapata. García Aragón contaba con cerca de 700 hombres que puso al servicio de Venustiano Carranza en diversas regiones de Guerrero y Michoacán, al poco tiempo de que el Barón de Cuatro Ciénegas promulgara el Plan de Guadalupe. Emiliano Zapata se distanciaría de García Aragón, e incluso lo mandaría fusilar —según el diario del general Cárdenas— en 1914 “...por dificultades viejas en el estado de Morelos...”⁴ cuando zapatistas y villistas apuntalaban al gobierno convencionista en la ciudad de México.

La primera referencia a Emiliano Zapata en los diarios del general, aparece, sin embargo, hasta el 10 de abril de 1919. Dice escuetamente: “Hoy fue muerto a traición

² *Epistolario de Lázaro Cárdenas*. México, Siglo XXI, 1974, t. 1, p. 98.

³ *Idem*.

⁴ Lázaro Cárdenas, *Obras. I. Apuntes 1913-1940*. México, UNAM, 1972, t. 1, p. 63.

el general Emiliano Zapata en Chinameca, Morelos, por el coronel Jesús Guajardo, de la división del general Pablo González”.⁵

Zapata y los zapatistas no vuelven a aparecer en los *Apuntes* del general sino hasta 1935. Pero esto más bien parece deberse a lo incompleto de dichos apuntes, porque sabemos que durante los años veintes, Cárdenas no sólo tuvo que ver con algunos seguidores del zapatismo morelense y sureño, sino que incluso empezó a conocer con mucho mayor detalle las causas y propuestas de los zapatistas, hasta incluso apropiárselas de manera un tanto heterodoxa.

En 1923, por ejemplo, justo cuando el régimen obregonista lo nombró comandante militar de Michoacán y, al poco tiempo gobernador interino, debido a las constantes pugnas que el gobernador electo, Francisco J. Múgica, sostenía con diversos sectores conservadores michoacanos, Cárdenas tuvo la oportunidad de acercarse a lo que podríamos calificar como el agrarismo militante, que se mantenía vivo en muchas regiones del país, y que acusaba una fuerte inspiración zapatista.

Apoyado por líderes agraristas y obreristas, la propuesta revolucionaria del gobierno del general Múgica, trascendió los límites estatales finalmente y emprendió una radicalización a mediados de marzo de 1923, que significaría su debacle. Un aliado suyo de primer orden y figura central de la Liga de Comunidades y Sindicatos Agrarios de la Región de Michoacán —creada en 1922—, el líder agrario Primo Tapia, participó, junto con el heredero del mando zapatista Gildardo Magaña, con don Andrés Molina Enríquez y el conocido general potosino Saturnino Cedillo en la formación de la Confederación Nacional Agraria, que eventualmente también daría pie a la Liga Nacional Campesina en 1926.⁶ Era por todos sabido que, tanto Magaña como Molina Enríquez, se habían relacionado de manera diversa —aunque no por ello poco sólida— a cierto agrarismo que se veía como consecuencia del movimiento zapatista del estado de Morelos.⁷ Si bien, Primo Tapia no era del todo un agrarista, ya que su filiación estaba más cerca del comunismo que del propio zapatismo, su coincidencia con Magaña y Múgica, resultó favorecida, entre otras cosas, por cuestiones fundamentalmente regionales.⁸ De cualquier manera y a pesar de su antigua filiación carrancista, Múgica se había manifestado como un puntual seguidor de las reformas agrarias con claros tintes socializantes, por lo que su apoyo a la Liga de Comunidades y Sindicatos Agrarios de la Región de Michoacán, le significó un constante enfrentamiento con los grandes terratenientes que todavía mantenían fuertes vínculos con el poder económico local y nacional.

Con el fin de calmar los ánimos, el general Cárdenas había sido requerido en Michoacán en los primeros días de junio de 1923. A pesar de que su nombramiento en

⁵ *Ibid.*, p. 158.

⁶ Manuel Diego Hernández, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo*. Jiquilpan, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, pp. 20-21.

⁷ *Ibid.*, p. 21.

⁸ Alicia Castellanos Guerrero y Gilberto López y Rivas, *Primo Tapia de la Cruz, un hijo del pueblo*. México, CEHAM/CNC, 1991, p. 35.

la región era en primer lugar el de jefe de Operaciones Militares, Cárdenas no dejó de involucrarse constantemente en los asuntos internos del estado, de manera visible y puntual. A través de la Liga de Comunidades y Sindicatos Agrarios de la Región de Michoacán, dio cuenta de cómo Primo Tapia se convertía en un ferviente promotor de los ejidos colectivos “...debidamente financiados y refaccionados por el gobierno; defendía el derecho de los peones acasillados a ser considerados sujetos de dotación agraria, y se pronunciaba por aumentar la producción en el campo, mediante la adopción de nuevas técnicas de cultivo...”⁹ A este líder agrario, cuya popularidad iba en ascenso en aquellos primeros meses de 1923, se ligó el joven general Cárdenas. Recorrió en varias ocasiones la región del lago de Pátzcuaro junto con él. Uno de sus biógrafos reprodujo una carta en la que Tapia narraba la visita que hicieran él y Cárdenas al pueblo de Erongarícuaro, en las riberas de aquel maravilloso lago. Decía que el general había dejado “...el festín que le prepararon los burgueses en pequeño de aquel pueblo...” y se había acercado a la gente de Tapia.

Como fue improvisada esta reunión —narra Tapia— y no pude llamar a toda mi indiada a esta población (Erongarícuaro) le puse una comunicación a los de Tiríndaro y Naranja, quienes lo vinieron a recibir al límite de los terrenos de estos pueblos con toda la solemnidad que se deseaba y desde donde se llevaron a Cárdenas a “pespunte” hasta mi pueblo, quedando mis coterráneos más complacidos que una recién casada [...] ¹⁰

De esta manera, Cárdenas no sólo desairaba a quienes lo granjeaban con claros fines políticos, sino que también mostraba su interés por vincularse con líderes populares agrarios, que fueran capaces de ofrecer una posible base social a la hora de hacer las transformaciones necesarias, que tendrían que venir después de los pronunciamientos revolucionarios para que éstos, no se convirtieran en mera demagogia. Es muy probable que Primo Tapia le hubiese informado de los constantes conflictos que los pueblos de Naranja, Tiríndaro y Tarejero mantenían con la hacienda de la Cantabria, a la que no sólo apoyaba el gobierno provisional michoacano anti-mugiquista, sino que gracias a las gestiones de sus voraces dueños, del influyente general Enrique Estrada y del subsecretario de Gobernación, Gilberto Valenzuela, esta hacienda estaba a punto de recibir un enorme crédito de la Secretaría de Agricultura y Fomento, que impediría la distribución de sus tierras a las comunidades colindantes.¹¹ El jefe de operaciones, sin embargo, poco podía hacer al respecto, y es probable que él mismo se sintiera atado de manos, dadas sus lealtades con los caudillos sonorenses y su propia disciplina militar.

⁹ M. Diego Hernández, *op. cit.*, p. 14.

¹⁰ Apolinar Martínez Múgica, *Primo Tapia, semblanza de un revolucionario*. Morelia, Gobierno de Michoacán, 1976, p. 212.

¹¹ Arnulfo Embriz Osorio y Ricardo León García, *Documentos para la historia del agrarismo en Michoacán*. Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, 1982, pp. 152-161.

Pero quizá también, su intuición política le decía que no era un buen momento para entrometerse en los asuntos internos del gobierno estatal. Lo que sí parecía ser un hecho era la confluencia entre sus ideas y las del agrarismo michoacano, que claramente se inspiraba en muchos de los postulados zapatistas.

Los conflictos entre las grandes haciendas y los pueblos circundantes, que mal que bien habían sido el origen de la lucha zapatista, los volvía a tener en mente este joven general encargado del gobierno michoacano en tan comprometida situación. Y los volvía a tener porque su propio pueblo natal, Jiquilpan, había vivido una situación semejante durante la expansión de la hacienda de La Guaracha, tal vez una de las más importantes del porfiriato en el occidente del país. Situada al oriente, al norte y al sur-oriente de los límites de las tierras de los jiquilpenses, con el paso de los años, La Guaracha fue ampliando su área de expansión hasta prácticamente ocupar todo el territorio ubicado al este del pueblo, desde la ciénega del lago de Chapala hasta la frontera del ahora municipio de Chavinda, colindante con el de Zamora.

Como muchas otras haciendas de la región, y de otras partes del país, La Guaracha vivió el auge de la gran expansión territorial de la propiedad privada, promovida por el modelo porfiriano de desarrollo. Para fines del porfiriato, La Guaracha tenía once haciendas anexas. Cada hacienda tenía su nombre propio, mismo que a veces apelaba directamente al tipo de producto o actividad que ahí se desarrollaba: Cerro Pelón, Platanal, Cerrito, Colorado, Guarachita, San Antonio, Las Arquillas, El Sabino, Guadalupe, Las Ordeñas y Capadero.¹²

La mayoría de sus beneficios provenía de la explotación del trabajo humano, de la tierra y del ganado. La expansión de dicha hacienda y los intentos por desecar una parte del Lago de Chapala a partir de 1905 —promovidos por diversos y grandes propietarios de la región— provocarían múltiples desórdenes sociales que mostrarían qué tan a la merced de la gran propiedad, se encontraban los pueblos y sus tierras en las postrimerías del porfiriato.

La Guaracha se convirtió en un símbolo de la ambición desmedida y de la afrenta social, no sólo por el gran lujo en el que vivían sus propietarios —que contrastaba brutalmente con la miseria que rodeaba sus instalaciones— sino porque ahí también se evidenciaba la represión porfiriana. Muchos jiquilpenses fueron testigos del paso ocasional de “las cuerdas” de presos que iban con rumbo al puerto de Manzanillo, y de ahí, a las Islas Marías y que se asentaban en las inmediaciones de La Guaracha amedrentando a la población. Don Froylán Toscano Cárdenas, un jiquilpense nacido en 1910, todavía contaba que:

Las cuerdas era filas de gente que agarraban injustamente, por mala voluntad. Nomás porque algunas señoritas no aceptaban ser burladas o sus esposos no aceptaban lo que los ricos decían, entonces les levantaban un falso y al rato ahí

¹² Heriberto Moreno García, *Guaracha. Tiempos viejos, tiempos nuevos*. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994, p. 136.

van en filones, en unas cuerdas largas de cien o doscientos hombres y las señoras por un lado llorando, porque casi era seguro que ya no iban a regresar.¹³

Es muy probable que el joven Cárdenas hubiese sido testigo directo, tanto de “las cuerdas” como de los contrastes entre miseria y opulencia. Por eso, y quizás inspirado también, en la propia distribución de la tierra propuesta por los herederos del zapatismo —encabezados en Michoacán por Primo Tapia— no vio con malos ojos, justo cuando sus ascensos políticos se lo fueron permitiendo, el avance de los agraristas en contra de la hacienda de La Guaracha.

Durante el régimen del general Plutarco Elías Calles, La Guaracha permaneció incólume y más bien pretendía convertirse en una moderna organización agrícola industrial, de claro “cuño capitalista”.¹⁴ Un yerno de Calles era cuñado de su propietario Manuel F. Moreno Corcuera, y por lo tanto, La Guaracha no fue tocada ni por cristeros ni por agraristas. Sin embargo, a partir de 1931, siendo el general Cárdenas gobernador del estado de Michoacán, se iniciaron los procesos para el reparto de sus tierras, amparados en la Ley de Dotación y Restitución, que dos años antes había expedido el propio gobernador Cárdenas.

Ese mismo año, el general visitó La Guaracha y, a pesar de las tensiones que compartió con campesinos y hacendados, mostró su simpatía por la eventual distribución de sus tierras. Al poco tiempo, en 1933, el Congreso de Michoacán declaró que la hacienda de La Guaracha pasaba a ser una *tenencia* y cambiaba su nombre por el emblemático nombre de “Emiliano Zapata”.¹⁵ El general Cárdenas ya era candidato del PNR para ocupar la presidencia de la República durante el periodo de 1934-1940. Y pocos días después de asumir el cargo, el 19 de diciembre de 1934, se publicó en el *Diario Oficial*, la resolución presidencial que otorgaba a 316 beneficiados, las tierras de la dotación ejidal “Emiliano Zapata”, antes hacienda de La Guaracha.¹⁶ Había nacido, pues, en Michoacán, muy cerca de Jiquilpan —tierra de Lázaro Cárdenas—, el primer ejido con el nombre del caudillo del sur. Los dos nombres parecieron estar unidos a partir de entonces, y sería el primero quien se iría apropiando de la figura y los postulados del segundo.

II

Es de sobra conocido, que Emiliano Zapata despertó pasiones tanto a favor suyo como en su contra. Durante el proceso revolucionario, el líder suriano, difícilmente se avino a los intentos de establecer un poder *de facto* y, en ese mismo proceso, fue sacrifica-

¹³ Guillermo Ramos Arizpe y Salvador Rueda Smithers, *Jiquilpan 1895-1920. Una visión subalterna del pasado a través de la historia oral*. Jiquilpan, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, 1984, p. 115.

¹⁴ H. Moreno García, *op. cit.*, p. 148.

¹⁵ *Ibid.*, p. 189.

¹⁶ *Ibid.*, p. 244.

do. Su memoria, en un principio, siguió el mismo cauce de los odios y las filias. A lo largo de los regímenes de Álvaro Obregón y de Plutarco Elías Calles, el recuerdo zapatista fue en gran medida usurpado por el Partido Nacional Agrarista, que si bien logró cierta presencia en las lides políticas del momento, no dejaba de ser un grupo débil, pero eso sí, muy escandaloso. Cierto es que en Morelos, el zapatismo había logrado transformar la antigua estructura de la propiedad de la tierra, pero en el resto del país no parecía tener mayor impacto.¹⁷ La posible vinculación de algunos ex combatientes agraristas con las huestes cristeras, escatimó aún más las exiguas simpatías del régimen de los sonorenses hacia el zapatismo y fue, sólo hasta entrados los años treinta, cuando la figura de Zapata volvió por sus fueros, ahora como figura institucionalizada, como héroe reconocido por el Estado.

En algunos espacios culturales, Zapata fue reivindicado desde antes con singular denuedo. En ese sentido, habría que destacar las contribuciones de Diego Rivera, tanto en sus murales de la SEP como en el Palacio de Cortés en Cuernavaca. La idealización de Emiliano Zapata como un mártir envuelto en un manto rojo, como afirmativo charro o como mestizo aindiado dominando a su caballo blanco, empezó a marcar la nota cultural de las izquierdas. No tardaron en reaparecer la famosa fotografía de Hugo Brehme y su copia en el grabado de José Guadalupe Posada. El Calendario Cívico de 1930 del Departamento del Distrito Federal, por ejemplo, acompañaba dicho grabado con un texto de Mariano Silva y Aceves, que prudentemente describía al general suriano de la siguiente manera:

Caudillo de los humildes, hombre oscuro que ha llegado a simbolizar las aspiraciones libertarias de nuestro campesino. Surgió a la vida pública al despertarse en el estado de Morelos la idea revolucionaria contra el régimen latifundista. Mantuvo en pie la lucha durante largos años y murió asesinado alevosamente en momentos de ciego apasionamiento político [...]¹⁸

Poco a poco la propia figura de Zapata y el zapatismo, empezaron a incorporarse a los discursos oficiales a partir de 1931, en que su nombre fue inscrito con letras de oro en el recinto parlamentario nacional. Al año siguiente, sus restos fueron exhumados del panteón municipal de Cuautla, para trasladarlos a la llamada Plaza de la Revolución del Sur, de esa misma ciudad.¹⁹ Pero, claramente fue a partir de 1935, ya que Cárdenas había llegado al poder, cuando Zapata adquirió su emblemática posición en la “historia de bronce”. No en vano el general había restablecido las alianzas con diversos movimientos agraristas y, particularmente, con el del estado de Morelos. José G. Parres, Gildardo Magaña, Adrián Castrejón y Cristóbal Rodríguez Rivera, sólo

¹⁷ Lorenzo Meyer, “El conflicto social y los gobiernos del maximato”, en *Historia de la Revolución mexicana, periodo 1928-1934*. México, El Colegio de México, 1978, p. 175.

¹⁸ *Calendario Cívico Mexicano 1930*, domingo 13 de abril, Departamento del Distrito Federal.

¹⁹ Porfirio Palacios, *Emiliano Zapata, datos histórico-biográficos*. México, Libro-Mex, 1960, pp. 305-306.

para mencionar algunos líderes zapatistas de antaño, fueron invitados a formar parte de la administración pública.²⁰ El mismo Gildardo Magaña, desde 1934, entregó a la imprenta el primer volumen de su *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, en el que se reconocía que ya era hora de que los mexicanos le rindieran honores al caudillo suriano, puesto que, como suele suceder, más de una quincena de autores extranjeros ya le habían reconocido sus meritorias aportaciones a la Revolución mexicana.²¹

Tan temprano como en esos primeros meses de 1935, empezaron a aparecer referencias a Emiliano Zapata en los libros de la Secretaría de Educación Pública para las escuelas primarias. Por ejemplo, en el libro cuarto para las escuelas rurales, llamado *Simiente* y preparado por el profesor Gabriel Lucio, se recogía el siguiente texto de Rafael Ramos Pedrueza, debajo de un grabado de Julio de la Fuente, que mostraba un Emiliano Zapata bigotón y sombrero, frente al lema escrito con letra grande “Tierra y Libertad”:

Es verdad que aún falta mucho por hacer; pero al menos las masas campesinas y obreras empiezan a adquirir conciencia de clase y con ella la convicción de su derecho y de su fuerza, organizándose, unificándose en sindicatos y comunidades, hasta que se realice, plenamente el sueño del gran vengador: “La tierra libre para todos. La tierra sin capataces y sin amos”. Entonces no habrá ya explotadores ni explotados; no existirán los latifundios, no habrá terratenientes, restos sinistros del feudalismo; el medio único de adquisición será el trabajo; los frutos de la tierra pertenecerán a quienes la cultiven con sus manos [...]

Y tal vez, traicionado por la mundialmente famosa fotografía de los zapatistas tomando su desayuno en *Sanborn's*, el propio Ramos Pedrueza insistía en forma por demás romántica:

La personalidad de Emiliano Zapata se impone y agiganta a medida que el tiempo transcurre. Recuerdo a este hombre extraordinario a quien conocí una noche estival de 1911 en una fonda en esta ciudad,²² acompañado de algunos jefes surianos cenando frugalmente; todos pensativos, desconfiados, sintiendo la nostalgia de sus bosques y montañas y presintiendo el peligro de la capital falaz y corruptora [...] Hablaba lentamente, con un dejo de melancolía irónica y a la vez con una fe inquebrantable en el triunfo de su causa [...] Murió heroicamente. Su obra vive.²³

Pero desde luego, no todo se quedó en el discurso y en las citas memoriosas. El mismo presidente Cárdenas visitó Cuautla y Anenecuilco en junio de 1935. Después de

²⁰ Alicia Hernández Chávez, “La mecánica cardenista”, en *Historia de la Revolución mexicana, periodo 1934-1940*. México, El Colegio de México, 1979, vol. 16, p. 94.

²¹ Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. México, Comisión para la conmemoración del centenario del natalicio del general Emiliano Zapata, 1979, t. 1, p. XVII.

²² El autor se refiere a la ciudad de México, capital de la República.

²³ Gabriel Lucio, *Simiente*. México, SEP/Comisión Editora Popular, 1935, pp. 85-86.

prometer que su gobierno reorganizaría en Morelos la industria azucarera, y que apoyaría un organismo social formado por veteranos zapatistas que pugnara por el mejoramiento de la clase campesina. Ordenó al Departamento Agrario se expidiera una ampliación a la dotación de tierras que, desde 1922, ya se había logrado para los pobladores de Anenecuilco. El 4 de julio anotó en su diario: "...Hoy firmé la resolución de tierras del pueblo de Anenecuilco, quedando así reconocidos sus derechos..."²⁴

Como es bien sabido, la decisión cardenista de dotación y distribución agraria, marcó profundamente esta última etapa del nacionalismo revolucionario radical. Si bien desde 1933, la Confederación Campesina Mexicana, creada fundamentalmente para reclutar organizaciones de campesinos con fines electorales, había enarbolado los postulados de dicho radicalismo; no fue sino hasta 1935, con la Liga de Comunidades Agrarias y la posterior formación de la CNC, en 1938, cuando aparecieron los aparatos tanto ideológicos, como institucionales de la organización corporativa de los trabajadores del campo a nivel nacional. El régimen cardenista apuntaló al Banco de Crédito Ejidal y a su propio Departamento de Asuntos Agrarios para inducir este cambio desde arriba, en combinación con los procesos de organización campesina locales. En ese sentido, Morelos fue una especie de modelo del proyecto cardenista, que respondió al llamado de organización campesina, con una gran cantidad de grupos y asociaciones capaces de capitalizar, tanto beneficios económicos como políticos, pero sobre todo discursivos. Estos grupos encontraron constantemente la forma de hacer referencia al mundo zapatista no sólo para identificarse, sino también para llamar la atención de un gobierno que parecía sentir una deuda con los morelenses en carne propia.

La Unión de Libertadores de la Revolución del Sur "Plan de Ayala", los Amigos del Campesino, la Unión Estatal de Veteranos de la Revolución, los Precursores de la Revolución de 1910, los Luchadores del Ejército del Sur, el Frente Zapatista y la Unión de Revolucionarios Agraristas del Sur, entre otras, fueron organizaciones que actuaron en Morelos, Guerrero, el Estado de México, Puebla y el Distrito Federal con el fin de ganarse el beneplácito del agrarismo oficial.²⁵ Los beneficios políticos y económicos que estas organizaciones lograron, fueron muchos y muy diversos; aunque justo es decir que sólo de vez en cuando, redundaban en los campesinos cada vez más pauperizados de Morelos y de los demás estados del centro y sur de la República. Gracias a estas organizaciones, un hijo de Emiliano Zapata, Nicolás, llegó a la Presidencia Municipal de Cuautla, en donde, por cierto, no fue muy felizmente recordado.

Tal vez la obra de mayor trascendencia del general Cárdenas, en el estado de Morelos, fue la creación del Ingenio Cooperativo de Zacatepec. El 9 de marzo de 1938, el general anotó en su diario:

²⁴ L. Cárdenas, *Obras*, t. 1, p. 323.

²⁵ Ricardo Pérez Montfort, "La Unión de Revolucionarios Agraristas del Sur", en Horacio Crespo, coord., *Morelos. Cinco siglos de historia regional*. México, CEHAM/UAEM, 1984, p. 278.

A las 13 horas salí en automóvil con el señor licenciado Eduardo Suárez, secretario de Hacienda, y otros colaboradores hacia el ingenio azucarero de Zacatepec, que llevará el nombre de “Emiliano Zapata”, instalado por el gobierno federal con fines sociales a favor de los ejidatarios de la zona [...]

Otra vez, el nombre de Emiliano Zapata se unía al de Cárdenas en una propuesta agraria, encaminada a apuntalar el proyecto revolucionario cardenista. En ese mismo viaje a Morelos, el propio Cárdenas tomó la histórica decisión de decretar la expropiación de los bienes de las compañías petroleras, que claramente lo ponían a la altura de los grandes estadistas revolucionarios de su tiempo.²⁶ Pero eso es harina de otro costal, que ahora no incumbe demasiado.

Lo que sí llama la atención es que, prácticamente en cada restitución agraria o en cada dotación ejidal que hizo el régimen de Cárdenas, aparecía el nombre de Emiliano Zapata para llamar así a una escuela, a un ejido, a una comunidad o a cualquier institución gubernamental, fuese ésta un dispensario médico o simplemente un centro de atención para trámites burocráticos. Sucedió tanto en La Laguna, como en Yucatán, en Chiapas, en Chihuahua, en Aguascalientes o en Baja California. Así, no sólo al son de “Marchemos agraristas a los campos...” o del himno a Emiliano Zapata, del profesor Agustín Ramírez²⁷ se iba impregnando todo el país de esta figura sureña, cuyo nombre ya no podía ser ajeno a prácticamente ningún mexicano.

III

La memoria de Zapata siguió unida al pensamiento y a la acción del general Cárdenas mucho tiempo después de que éste dejó la presidencia de la República. No sólo porque ambos coincidieron en el mundo discursivo del nacionalismo revolucionario, y particularmente en cuestiones agrarias, sino porque el propio Cárdenas se mantuvo puntualmente interesado en honrar la memoria del caudillo del sur, siempre que venía al caso. Hay una gran cantidad de referencias a Zapata en los *Apuntes* del general a partir de 1940. Algunas son de carácter histórico, como por ejemplo la insistencia en que la primera restitución de tierras que hiciera Zapata, fuera en Ixcamilpa, Puebla, en 1912.²⁸ Otras responden a efemérides revolucionarias como el recuerdo de la muerte de Zapata, cada 10 de abril,²⁹ o a sus reflexiones sobre la Revolución mexicana, cada 20 de noviembre.³⁰ Las referencias zapatistas registradas en el año de 1960, resultan particularmente interesantes porque el general se incluye, a mi juicio, con cierta vani-

²⁶ L. Cárdenas, *Obras*, t. I, p. 388.

²⁷ Los primeros versos del himno dicen: “Canto al caudillo suriano / que redimió al campesino, / Tierra y Libertad con su mano / dio al pueblo cual don divino / Zapata es símbolo bello / del ideal de redención / su nombre llena de gloria / nuestra gran Revolución”, en *Despertar Lagunero*. México, Talleres Gráficos de la Nación, septiembre de 1937, p. 257.

²⁸ L. Cárdenas, *Obras. III. Apuntes 1957-1966*. México, UNAM, 1986, pp. 114, 349 y 438.

²⁹ *Ibid.*, p. 9.

³⁰ *Ibid.*, p. 164.

dad, pero no poca justeza entre quienes compartían responsabilidades revolucionarias de la siguiente manera:

La contribución de los revolucionarios por la consolidación de la vida institucional de México ha sido patente. Los ciudadanos armados de 1910 a 1913, que constituimos el ejército del pueblo, combatimos contra la dictadura personalista que gobernaba al país y que favorecía a una minoría privilegiada [...] El caudillo de la Revolución Agraria, Emiliano Zapata, combatía en el sur con su bandera “Tierra y Libertad”. Circunstancias políticas y sociales de nuestro propio medio impidieron que desde luego se realizara su integral cumplimiento [...] ³¹

Sin dejar de ser crítico con los propios resultados de la Revolución, a cincuenta años de su inicio, el general hacía el siguiente diagnóstico:

No basta al campesino poseer la tierra. Es necesario protegerlo para que el rendimiento de la tierra sea realidad para el que la trabaja. Éste ha sido el verdadero espíritu de la Reforma Agraria. El lema “la tierra es de quien la trabaja” de Emiliano Zapata, símbolo de la Reforma Agraria, ya quedó atrás por obra de los acaparadores, los monopolistas, que lucran con la producción agrícola. No sale de la miseria el campesino, con sólo hacer producir la tierra [...] ³²

La violencia atribuida a los zapatistas por sus detractores, era justificada por Cárdenas, precisamente porque las ambiciones de los latifundistas parecían volver a echar a andar los motivos revolucionarios, cincuenta años después del inicio de la Revolución. Si bien reconocía que, en gran medida, la distribución de los latifundios se había hecho con escasos recursos, también planteaba que de esa manera se pudieron salvar muchas vidas. En 1961 anotó: “Y si no hubo planeación integral para aplicar la Reforma Agraria, sí se consiguió el objetivo de reducir la lucha violenta en el campo en la medida en que se daban las dotaciones...” ³³

Pero, además de justificar y de hermanarse en la conflictiva situación agraria pos-revolucionaria, con el mismísimo Zapata, el general Cárdenas recurrió también a su propia figura a la hora de cuestionar el discurso oficial, que poco a poco adquiriría tonos de demagogia por demás elocuentes. Y así arremetió tanto contra las derechas, que poco a poco se iban haciendo del poder, como contra las izquierdas, que tanta alharaca hacían por lo mismo. A finales de julio de 1952, por ejemplo, poco después de las conflictivas elecciones entre ruizcortinistas y henriquistas, el general anotaba: “¿Qué son las izquierdas? ¿Quién es el izquierdista? ¿El que está contra Acción Nacional? ¿El que habla favorablemente de la Revolución? ¿Cuál Revolución? ¿El que alaba a la Reforma Agraria y canta loas a Zapata? ¿Esto es el izquierdismo?” ³⁴

³¹ *Ibid.*, p. 165.

³² *Ibid.*, p. 179.

³³ *Ibid.*, p. 217.

³⁴ L. Cárdenas, *Obras*, t. II, p. 476.

Y seis años después en plena campaña priísta del candidato presidencial, Adolfo López Mateos, anotaba con cierta sorna lo siguiente:

La bandera que enarboló Zapata no está guardada en una vitrina, está en las manos de la Revolución”. Así lo expresó el licenciado Adolfo López Mateos [...] ante los campesinos de Cuautla, Morelos, el seis de enero de 1958. Ojalá y vuelva a enarbolarse para satisfacer las necesidades de tierras de los campesinos del país.³⁵

La vocación agrarista estuvo constantemente instalada en el pensamiento y en los escritos del general, aun cuando de pronto lo invadiera el discurso solemne y engolado de la “historia de bronce”. En sus discursos de pronto aparecían frases como:

Venero del pueblo mexicano en la lucha por la tierra, Emiliano Zapata está presente, quizás como nunca antes en la conciencia nacional [...]

Al ser victimado hace cincuenta años en un acto de traición, sus principios surgieron con más fuerza todavía en el ámbito de la Nación: tierra para quien la trabaja, libertad y justicia [...]³⁶

Para quienes nacimos antes de 1970 no es difícil imaginar la articulación grave y ceremoniosa de estas frases, quizá hasta con un fondo de redoble militar o con una banda entonando el himno nacional.

Pero también es cierto que la vena crítica del general hacia los resultados de la Revolución, en manos de los licenciados, se mantuvo fluyendo hasta prácticamente el final de su vida. En 1970, año de su muerte, escribió las siguientes reflexiones que una vez más lo acercaban a los postulados zapatistas:

El problema rural es el más serio que registra el país y para resolverlo es preciso reconocer sus verdaderas dimensiones y romper los valladares que se oponen a la aplicación del la Reforma Agraria. Todavía habrá que cubrir la etapa de dotaciones donde sea necesario, la de organización, financiamiento y desarrollo de innumerables instancias y la de su integralidad en las unidades ya preparadas, sabiendo de antemano que revalidar su contenido social, reestructurar y abrir nuevos horizontes al problema de la tierra, es un proceso largo, pero que es urgente abordar de inmediato, pues de otra manera será cada día más agudo y, en ciertas regiones, puede tornarse explosivo [...]³⁷

Así, con cierta obsesión por los asuntos agrarios no resueltos en el territorio nacional, el general Cárdenas pretendió mantener vigentes hasta su último día, los anhelos que él identificaba como zapatistas y que, en poco más de veinte años, volverían por sus fueros, aunque sólo fuese de nombre, en los Altos de Chiapas.

³⁵ L. Cárdenas, *Obras*, t. III, p. 41.

³⁶ L. Cárdenas, *Obras. IV. Apuntes 1967-1970*. México, UNAM, 1986, p. 81.

³⁷ *Ibid.*, p. 219.

Sin ocultar sus decepciones y mucho menos su conocimiento de la precaria situación del campo mexicano (como suelen hacerlo las actuales autoridades), manteniendo una actitud crítica hacia el desarrollo de los conflictos agrarios en México, y en otras partes del orbe, el general hizo del mundo campesino, tal vez igual que Zapata, una de sus razones principales para vivir y para morir.

Tal fue la relación que el general Cárdenas mantuvo con lo que él creyó que eran los ideales y la figura de Zapata. De haber sobrevivido, ¿qué habría pensado Zapata sobre el general Cárdenas y su obra? No lo sabremos nunca a ciencia cierta, precisamente porque su relación fue una relación a destiempo.

